

Mensaje. El primer lugar le pertenece a Dios

En cuarenta años de mensajes, la Virgen destaca expresamente a Quién le pertenece el primer lugar: a Dios. La Virgen nos enseña que Jesús debe ocupar el primer lugar de nuestras vidas y la importancia que le debemos dar a la cruz, la Biblia, la Misa y la oración.

Fray Ivan Landeka

Tales palabras y el hecho de destacar a quién le pertenece el primer lugar en nuestras vidas no son el fruto de los pensamientos de los videntes, ya que ellos mismos son oyentes y cumplidores de los mensajes, que se dirigen por igual tanto a ellos como a nosotros. Nuestro modo de vivirlos y su forma de vivirlos parte del mismo mensaje, solo que los videntes desde el primer momento se pusieron a sí mismos el listón muy alto.

Poner a Dios en primer lugar no significa una negación de lo humano

Me parece que la implacabilidad de esta premisa - Dios en primer lugar- es la mejor prueba de su originalidad y excelencia, por lo que cada intento de mitigación y disolución de esta realidad es ilegítima e ilegal. De lo contrario, el mensaje sería arrancado de la historia que se desarrolla entre Dios y el hombre. La vida humana, entendida bajo la luz divina, toma su lugar legítimo en el mundo. Si no fuera así, el hombre sería devaluado e igualado a las demás criaturas, lo que sería fatal para el hombre y para toda la creación.

Que Dios ocupe el primer lugar de nuestra vida no significa negar o subestimar lo humano. Si lo humano está en el primer lugar de nuestras vidas, a Dios se le reprime y se le destina a una posición de observador. Si se cambiaran los roles, la relación entre el hombre y Dios iría completamente en otra dirección -Dios es Dios en tanto que necesita al hombre y Dios puede ser solo como el hombre lo prevé. En el pasado, y ahora también, estas permisivas sobre la vida y la fe no son extrañas, poco a poco echan raíces en el pensamiento y el comportamiento cristiano y preparan el terreno para lo material e individual, para el ateísmo práctico y teórico.

A la luz de las Escrituras

Los mensajes de la Virgen que indican que Dios tiene que estar en el primer lugar de nuestras vidas nos enfrentan con la fuente bíblica: “Yo soy Yahvé, tu Dios, que te ha sacado de la tierra de Egipto, de la casa de la servidumbre” (Ex 20,1-17). Las palabras del decálogo ponen las directrices de los comportamientos y de los pensamientos de los que brota la Alianza con Dios que comienza con la auto-revelación de Dios. No comienza con el descubrimiento de Dios por parte del hombre, sino con la creación del hombre por parte de Dios. De esa relación el hombre puede conocer a su Creador y aceptar las reglas de la vida y de la fe.

En la teología del Antiguo Testamento existe el miedo a la intervención de la mano humana, de su comportamiento. Se refiere a la despiadada convicción de la

venganza y la represalia. En sus libros, especialmente los proféticos, se refleja el abandono de los preceptos de Dios y el apoyo en los preceptos humanos que llevan a la ruptura de la alianza con Dios. El abandono de la alianza supone dejar de lado los preceptos de Dios y dejar que los preceptos del hombre ocupen su lugar. Esos preceptos son independientes de Dios y de la Alianza y eso es lo que dio lugar a las desgracias que alcanzaron al pueblo elegido.

Volviendo a Dios y a la Alianza, empieza el tiempo de la purificación, sanación y estabilidad. Los corazones purificados ponían a Dios en el primer lugar de sus vidas. En la teología del Antiguo Testamento existe el miedo ante los comportamientos humanos: “Caigamos en las manos de Señor y no en las manos de los hombres. Pues cuán mayor es su grandeza mayor es su misericordia” (Ex 2,18). “Terrible cosa es caer en las manos de Dios vivo” (Heb 10,31).

En esta predicación, especialmente en las discusiones con los fariseos, Jesús señala la desviación de los mandamientos de Dios (Mc 7,7-8). “Este pueblo me honra con los labios, pero su corazón esta lejos de mí, pues me dan un culto vano enseñando doctrinas que son preceptos humanos”. Pero Él, volviéndose y mirando a sus discípulos, respondió a Pedro y le dijo: “Quítate allá, Satán, pues tus pensamientos no son los de Dios, si no los de los hombres” (Mc 8,33). El profeta Isaías (Is 5,1-7) llora y acusa que el amor a Dios se ha transformado en olvido de Dios. El viñedo es Israel que ha disfrutado todo el favor de Dios y ha respondido con la infidelidad. En esta parábola, Jesús lo explica de una manera diferente y nueva, y los compara con los inquilinos del viñedo que se comportaban como los propietarios, rechazaban todas las divinas reconciliaciones y al final matan al hijo del propietario.

El lugar del Dios y lugar del hombre son claros

Por la prohibición y las amenazas para predicar, Pedro responderá a los demás apóstoles: “Es preciso obedecer a Dios antes que a los hombres.”(He 5,29). En la Epístola a los Colosenses, Pablo dice a los cristianos que han de romper las reglas del entretenimiento: “Todas estas cosas son corruptibles con el uso, conforme a los preceptos y enseñanzas de los hombres” (Col 2,22), y en la Epístola de los Gálatas describe claramente su relación con Dios: “¿Busco yo ahora el favor de los hombres o el de Dios? ¿Acaso busco agradar a los hombres? Si aun buscare agradar a los hombres, no sería el siervo de Cristo.”(Gal. 1,10). Pablo pone todo su aprendizaje y capacidad al servicio de Dios: “Ya no vivo yo, es Cristo que vive en mí” (Gal. 2,20).

En una de sus predicaciones el Santo Padre Benedicto XVI dijo: “Dios no está a nuestro servicio”. En la Santa Escritura, por tanto, está claro el lugar de Dios y el lugar del hombre, y los mensajes de la Virgen sólo nos lo recuerdan. Numerosas veces se repite en los mensajes que pongamos a Dios en el primer lugar de nuestra vida, y esto para un cristiano no debiera ser nada nuevo, sino la cosa más lógica y normal.